

LA TEORÍA DEL MOVIMIENTO OBRERO

POR

Selig PERLMAN

C o l e c c i ó n
CRÍTICA DEL DERECHO

S e c c i ó n
ARTE DEL DERECHO

D i r e c t o r
JOSÉ LUIS MONEREO PÉREZ



COMARES
editorial

LA TEORÍA DEL MOVIMIENTO OBRERO

LA TEORÍA DEL MOVIMIENTO OBRERO

POR
SELIG PERLMAN

REVISIÓN, EDICIÓN Y ESTUDIO PRELIMINAR
«LA TEORÍA DEL MOVIMIENTO OBRERO EN SELIG PERLMAN»

A CARGO DE
José Luis Monereo Pérez
Catedrático de la Universidad de Granada

GRANADA
EDITORIAL COMARES, S.L.
2025

COLECCIÓN: CRÍTICA DEL DERECHO

SECCIÓN: ARTE DEL DERECHO

Director de la colección:

JOSÉ LUIS MONEREO PÉREZ

129

Revisión y Estudio preliminar de José Luis Monereo Pérez

© José Luis Monereo Pérez

EDITORIAL COMARES, 2025

Polígono Juncaril

C/ Baza, parcela 208

18220 Albolote (Granada)

Tfno.: 958 465 382

www.comares.com • E-mail: libreriacomares@comares.com

www.facebook.com/Comares • twitter.com/comareseditor • [instagram.com/editorialcomares](https://www.instagram.com/editorialcomares)

ISBN: 978-84-1369-932-5 • Depósito legal: Gr. 446/2025

FOTOCOMPOSICIÓN, IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN: COMARES

SUMARIO

ESTUDIO PRELIMINAR. LA TEORÍA DEL MOVIMIENTO OBRERO EN SELIG PERLMAN. POR JOSÉ LUIS MONEREO PÉREZ	IX
I. SELIG PERLMAN Y LA CONCEPCIÓN INSTITUCIONALISTA DEL MOVIMIENTO SINDICAL: TEORÍA E IDEOLOGÍA	IX
II. TEORÍA DEL SINDICALISMO Y SISTEMA DE RELACIONES LABORALES («INDUSTRIALES»)	XXXIV
III. OBRAS DE SELIG PERLMAN (SELECCIÓN)	LIII

LA TEORÍA DEL MOVIMIENTO OBRERO

Por Selig Perlman

PREFACIO	3
HACIA UNA TEORÍA DEL MOVIMIENTO OBRERO	7

PRIMERA PARTE HISTÓRICA

LA REVOLUCIÓN RUSA	15
I. Las clases dirigentes	16
II. La función del campesinado	22
III. Las clases asalariadas	28
IV. Los intelectuales y los partidos revolucionarios	35
LA REVOLUCIÓN ALEMANA	45
I. Origen de la fuerza del capitalismo alemán	46
II. El período de la supremacía de los intelectuales en el movimiento obrero	49
III. «Igualdad de derechos» y «supremacía» sindical	60
IV. Guerra, revolución y situación actual	66

EL MOVIMIENTO OBRERO BRITÁNICO.	77
I. El «viejo sindicalismo» o el «nuevo modelo» de los años 1850-60	77
II. La razón del triunfo del «nuevo unionismo».	80
III. El «nuevo unionismo» en funciones y su balance.	86
TRABAJO Y CAPITALISMO EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA.	95
I. Las características básicas de la comunidad norteamericana	96
II. Los intelectuales	107
III. Desde el «antimonopolismo» a un espíritu sindical estable y consciente de su tarea	110
IV. Unionismo estable en acción.	120
V. Del «capitalismo de la oferta y la demanda» al «capitalismo del bienestar».	124
VI. El «ala izquierda» de los sindicatos	130

SEGUNDA PARTE
TEORÍA DEL MOVIMIENTO OBRERO

OPORTUNIDAD ECONÓMICA Y PSICOLÓGICA DE GRUPO.	141
LAS «NORMAS DE TRABAJO» Y LA FILOSOFÍA DEL TRABAJO ORGÁNICO.	153
I. Los gremios	153
II. «Normas de trabajo» sindicales	158
III. Filosofía «peculiar» del trabajo.	164
LOS PROGRAMAS OBREROS DE LOS INTELLECTUALES	169
UNA FILOSOFÍA AVANZADA DEL SINDICALISMO.	183

ESTUDIO PRELIMINAR

LA TEORÍA DEL MOVIMIENTO OBRERO EN SELIG PERLMAN

JOSÉ LUIS MONEREO PÉREZ

*Catedrático de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social de la Universidad de Granada
Presidente de la Asociación Española de Salud y Seguridad Social*

SUMARIO: 1. Selig Perlman y la concepción institucionalista del movimiento sindical: teoría e ideología. 2. Teoría del sindicalismo y sistemas de relaciones laborales («industriales»). 3. Obras de Selig Perlman (Selección).

«Surgieron estos tres factores como fundamento de una moderna situación obrera: primero, el poder de resistencia del capitalismo, determinado por su propio desarrollo histórico; segundo, el grado de dominación de los Movimientos obreros por parte de las «mentalidades» intelectuales, que normalmente subestiman la capacidad de resistencia del capitalismo y exageran el deseo obrero de un cambio radical; tercero, el grado de madurez de la «mentalidad» sindical. Luego, después de un análisis y una generalización más profundos, la meta de un Trabajo «orgánico» cristalizó en un «comunismo de oportunidades», y los intelectuales fueron clasificados en grupos perfectamente diferenciados, como «éticos», «eficientes» y «deterministas revolucionarios». Y finalmente, el capitalismo en lugar de ser un fenómeno puramente materia, vino a convertirse en «el deseo efectivo de poder» de la clase capitalista»

SELIG PERLMAN¹.

I. SELIG PERLMAN Y LA CONCEPCIÓN INSTITUCIONALISTA DEL MOVIMIENTO SINDICAL: TEORÍA E IDEOLOGÍA

Selig Perlman (9 de diciembre de 1888 - 14 de agosto de 1959) fue economista e historiador del trabajo en la Universidad de Wisconsin-Madison, donde tradujo varias obras para Walling².

Perlman nació en Białystok, en la Polonia del Congreso (en esa época formaba parte del Imperio Ruso), en 1888. Su padre era un comerciante judío que suministraba hilo e hilado a teje-

¹ PERLMAN, S.: *Teoría del movimiento obrero*, trad. N. Salas, México D.F., Aguilar, 2.ª ed., 1962, Prefacio, p. 12. Redición, PERLMAN, S.: *Teoría del movimiento obrero*, trad. N. Salas, revisión, edición y estudio preliminar, «La Teoría del Movimiento Obrero en Selig Perlman», a cargo de J.L. Monereo Pérez, Granada, Comares (Colección Crítica del Derecho), 2025.

² Conviene evitar la confusión con Mark Perlman, hijo del propio Selig Perlman. Mark Perlman nació en la ciudad de Madison (Wisconsin), el 23 de diciembre de 1923. Prestigioso economista que publicó obras destacadas en el campo de la economía laboral, teoría del sindicalismo, políticas de recursos humanos, productividad industrial, salud pública y economía urbana.

dores a domicilio. Como judío, Perlman no podía acceder a la educación superior en Rusia. Así que se marchó a Turín, Italia, para estudiar en la Universidad de Turín. Enfermó de bronquitis y se trasladó a la Universidad de Nápoles Federico II, porque Nápoles tenía un clima más cálido. Estudió medicina, aprendió italiano, se afilió al Sindicato General de Trabajadores Judíos. La abuela paterna de Perlman, Anna Blankenstein, había emigrado a Estados Unidos unos años antes y trabajaba como modista para la diseñadora Hattie Carnegie. Los socialistas estadounidenses William English Walling y Anna Strunsky se disponían a viajar a Italia. Strunsky, que compraba vestidos para el viaje a Carnegie, conoció a Blankenstein, quien le dijo que buscara en Nápoles al «brillante sobrino» de Blankenstein, que «lo sabía todo sobre el marxismo ruso».

Perlman emigraría finalmente a Estados Unidos. Pero Perlman se mostró insatisfecho con su trabajo para Walling. Walling sugirió a Perlman que se marchara a estudiar Económicas a la Universidad de Wisconsin-Madison. Perlman llegó a Nueva York a principios de 1908. Marchó a Madison, Wisconsin, a mediados de 1908, y se matriculó como estudiante junior en la universidad de allí. Se matriculó en clases impartidas por Frederick Jackson Turner (que, durante la mayor parte de la carrera universitaria de Perlman, fue también su mentor), John R. Commons y Richard T. Ely. Perlman trabajó durante un tiempo en varios empleos, incluido un periodo como inspector de fábrica.

Más tarde ingresó en el programa de doctorado en economía de la Universidad de Wisconsin-Madison. Entabló una estrecha amistad con Edward Morehouse, más tarde un destacado economista. Por aquel entonces, Turner le ofreció ser ayudante de investigación. Commons también le ofreció un puesto de ayudante de investigación, para trabajar en una historia del movimiento obrero estadounidense. Perlman aceptó el puesto ofrecido por Commons por motivos profesionales, porque ya había estado trabajando en el campo de la historia del trabajo. Mientras trabajaba para Commons, Perlman abandonó su enfoque marxista inicial de la economía. En su lugar, desarrolló una teoría del interés propio. Perlman creía que los trabajadores se distanciaban de los empresarios porque la competencia obligaba a bajar los salarios. De 1911 a 1915, Commons y Turner trabajaron para la Comisión Federal de Relaciones Industriales. Commons llevó consigo a Perlman, consiguiéndole un trabajo investigando huelgas y realizando investigaciones para la comisión.

En 1915, Perlman se doctoró en Economía por la Universidad de Wisconsin-Madison. En 1916, Ely contrató a Perlman como ayudante para revisar y reescribir la obra de Ely *The Labor Movement in America*. Ely había teorizado que los sindicatos surgieron de los valores y la tradición del socialismo cristiano. Al revisar la obra de Ely, Perlman eliminó todas las referencias a esta teoría. El manuscrito revisado se entregó en 1918. Ely se enfadó tanto que despidió a Perlman. (El manuscrito se convirtió más tarde en una de las bases de fundamentación de la obra de Perlman «*The History of Trade Unionism in the United States*»). Conseguiría un puesto en la Universidad de Wisconsin-Madison en 1918 como profesor adjunto.

Perlman ayudó a promover el institucionalismo y el historicismo hegeliano como enfoques teóricos importantes para el estudio de la economía, el trabajo y los sindicatos. John R. Commons, el fundador de la economía laboral en Estados Unidos no era originalmente historiador. Sin embargo, Commons estaba firmemente comprometido con la investigación histórica. Commons creía que los sindicatos debían evitar el radicalismo para sobrevivir en Estados Unidos y utilizó ilustraciones históricas para defender su convicción. Entre las dos guerras mundiales, los protegidos de Commons, como Edwin Witte y Selig Perlman, impulsaron aún más el enfoque histórico de las Relaciones Industriales. El enfoque teórico de Perlman era políticamente distante y se basaba en gran medida en la recopilación de datos, un modelo que dominaría la historia laboral hasta bien entrados los años sesenta. Sin embargo, Perlman mostró signos de ruptura con el énfasis de la escuela de Wisconsin en las organizaciones. Su estudio de Marx le había permitido

comprender la importancia del factor de la clase social en los movimientos sociales, aunque su percepción del concepto se limitaba a una interpretación económica y no era tan amplia como la del historiador británico del trabajo E. P. Thompson, Eric Hobsbawm, Edward Hallett Carr, Pierre Vilar y Adam Schaff (pertenecientes a la historiografía de orientación marxista crítica) y la tradición de historiadores europeos eminentes, como es el caso de la «Escuela de los Annales» («École des Annales»): una Escuela historiográfica organizada en torno a la revista «Annales d'histoire économique et sociale», que tuvo a Lucien Febvre y Marc Bloch como fundadores eminentes (1929). A ellos se unieron historiadores de la talla de Fernand Braudel, Pierre Nora, Pierre Chaunu, Jacques Le Goff, Roger Chartier, Georges Duby, Marc Ferro, Jean-Pierre Vernant, Michel Vovelle, entre otros muchos. A los cuales siguieron las renovaciones de sucesivas generaciones de historiadores que llegan hasta el presente³.

En 1928, Perlman publicó su obra más conocida y una de las más relevantes, «Una teoría del movimiento obrero». Karl Marx y Vladimir Lenin habían argumentado que los sindicatos perseguían con demasiada frecuencia mejoras salariales y de las condiciones de trabajo en lugar de abogar por la revolución. Los intelectuales, se argumentaba, tenían que hacerse cargo de los sindicatos para evitar esas inclinaciones burguesas⁴. Perlman criticó esta teoría argumentando que los trabajadores de Estados Unidos no estaban, de hecho, alienados como en Europa. Más bien, en Estados Unidos, la fuente del conflicto entre propietarios y trabajadores no era el capitalismo en sí mismo, sino la presión a la baja sobre los salarios ejercida por un mercado libre de aranceles internos. Los sindicatos se formaron, argumentaba Perlman, como medio para que los trabajadores mantuvieran unos salarios elevados. Era correcto, no una aberración, que los sindicatos se centraran únicamente en los salarios y las condiciones de trabajo, escribió. En respuesta, Perlman desarrolló el modelo laboral del «sindicalismo empresarial», en el que los objetivos de los sindicatos son definidos por sus miembros. Fue una crítica ingeniosa y eficaz, que tuvo un gran impacto en el movimiento obrero estadounidense.

³ Puede consultarse BORGUÏÈRE, A.: *La Escuela de los Annales*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2008; BURKE, P.: *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales, 1929-1984*, Gedisa, 1999.

⁴ Aunque el enfoque es algo simplificador, no está desprovisto de veracidad. En el marxismo de los orígenes ha existido una cierta incomprensión del fenómeno sindical, aunque esta visión ha cambiado por completo en la tradición contemporánea del marxismo occidental, tanto en la historiografía marxista crítica como en la perspectiva de los analistas de la Economía del Trabajo y del Sistema de Relaciones Laborales. Puede consultarse, para concepción del marxismo clásico, MARX, K-ENGELS, F.: *El sindicalismo. Teoría, organización y actividad (Tomo I)* y *El sindicalismo. Contenido y significado de las reivindicaciones (Tomo II)*, Barcelona, Laia, 1976; LENIN, V.I.: *Acerca de los Sindicatos*, Madrid, Akal, 1975. Para la historiografía marxista crítica en relación con el fenómeno sindical, sería suficiente citar la obra de THOMPSON, E.P.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963, 2.ª edición, 1980), Madrid, Capitán Swing Libros, 2012; *Ibid.*, *Tradicción, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Crítica, 1979; HOBBSAWM, E.J.: *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1979; *Ibid.*, *Historia del Siglo XX. 1914-1991*, Barcelona, 1995, o, en el campo del sistema de relaciones laborales, HYMAN, R.: *Relaciones industriales. Una introducción marxista* (1975), Madrid, Blume, 1981; HYMAN, R.: *El marxismo y la sociología del sindicalismo*, México, D.F., Era, 1978; HYMAN, R. y STREECK. (Comps.) et alii: *Nuevas tecnología y relaciones industriales* (1988), Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1993; POLLERT A. (Comp.) et alii: *¿Adios a la flexibilidad?* (1991), Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1994; HYMAN, R.: «PLUS ÇA CHANGE? La teoría de la producción y la producción de la teoría», en POLLERT A. (Comp.) et alii: *¿Adios a la flexibilidad?* (1991), Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1994; OFFE, CL. (Comp.) et alii: *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro* (1984), Madrid, Alianza, 1992; HECKSCHER, CH.C.: *El nuevo sindicalismo. La participación del trabajador en la empresa en transformación*, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1993.

Con el tiempo, se nombró una cátedra para Commons en el departamento de Economía y Perlman ocupó ese puesto. Perlman fue profesor de varios estudiantes que más tarde desarrollaron influyentes carreras como economistas, historiadores y políticos. Uno de sus alumnos más notables fue Philip La Follette, gobernador de Wisconsin durante dos mandatos, y otro el célebre historiador del trabajo Philip Taft. El célebre sociólogo C. Wright Mills también escuchó las clases de Perlman durante su estancia en Wisconsin y adquirió sus conocimientos sobre el movimiento obrero⁵.

A finales de 1958, Perlman cumplió 70 años, que era la edad de jubilación obligatoria en la universidad, y se vio obligado a jubilarse en junio siguiente. Perlman fue nombrado profesor visitante en la Wharton School de la Universidad de Pensilvania. Ese mismo año se había sometido a una operación de próstata que le había dejado débil. En agosto sufrió un derrame cerebral que pudo estar relacionado con la operación. Permaneció ingresado siete días y falleció el 14 de agosto de 1959, a la edad de 70 años.

Perlman es reconocido como uno de los principales historiadores del trabajo de la primera mitad del siglo XX. Su libro, *Una teoría del movimiento obrero*, «dejó una huella indeleble en una generación de profesores y personal sindical». Sin embargo, muchos estudiosos han cuestionado las conclusiones de Perlman. Cuestionan su conclusión de que los trabajadores estadounidenses no eran ni son radicales. Perlman condenó el papel de los intelectuales en el movimiento obrero estadounidense. Eran intrusos, culpables de desviar a los trabajadores en pos de visiones utópicas (es decir, comunistas). Perlman no creía que la gente de la clase obrera que se convertía en intelectual se dejara embaucar por gente como Marx y Engels. Los verdaderos intelectuales obreros, «autóctonos» u «orgánicos», eran pragmáticos, aceptaban el capitalismo y se contentaban con ganar para los trabajadores todo lo que podían ganar dentro de su marco. Pero Perlman estaba profundamente equivocado.

Para estos críticos, el «sindicalismo empresarial» («sindicalismo de negocios») no sólo ha demostrado ser un fracaso, sino que de hecho ha sido suplantado por el sindicalismo del movimiento social en las últimas seis décadas. Los practicantes de la nueva historia del trabajo, en particular, ven el papel de los intelectuales como una ayuda al crecimiento y desarrollo de los sindicatos –en cuenta fuerzas de la cultura– más que como elementos negativos en la potenciación de las organizaciones sindicales. Otros críticos señalan que la obra de Perlman contiene sesgos discriminatorios que ha perjudicado su aportación. Es posible que Perlman tuviera algunas opiniones racistas –sobre todo hacia los asiáticos– que limitaron su comprensión de la evolución del movimiento obrero y el papel de las migraciones y del multiculturalismo dentro y fuera de Estados Unidos. Está bastante claro que su concepto de clase se limitaba a la economía y no incluía la raza, el estatus, la etnia u otros factores sociológicos.

Selig Perlman, él mismo inmigrante e historiador del trabajo de la pionera Escuela de Wisconsin de historiografía económica y relaciones laborales, elogió la Ley de Exclusión China de 1882, de enfoque y contenidos inequívocamente discriminatorios («*The History of Trade Unionism in the United States*», 1922). Los críticos argumentan que esta ceguera teórica llevó a Perlman a centrarse

⁵ Ese interés se traduciría al tiempo en estudios sobre el sindicalismo. Exponente de ello es su conocida obra, WRIGHT MILLS, C.: *El poder de los sindicatos*, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1965, que adopta una perspectiva de crítica constructiva, muy especialmente respecto de los dirigentes sindicales, tomando como una de sus fuentes a la obra de Selig Perlman: *A Theory of the Labor Movement*, Nueva York, Scribner's, 1928. Pero también a autores de orientación ideológica muy diversa, como Franz Neumann: *European Trade Unionism and Politics*, Nueva York, Liga de la propaganda de la Democracia Industrial, Junio de 1936 (*ibid.*, págs. 333-334).

en grandes teorías sobre el surgimiento de los sindicatos en lugar de documentar y analizar las tendencias sociales, culturales y económicas más amplias que se manifiestan en la historia.

Ahora bien, incluso los críticos coinciden en que Selig Perlman ocupa un lugar importante y significativo en el desarrollo de la historia del trabajo. La obra de Perlman y Taft de 1935, «History of Labor in the United States, 1896-1932», es un estudio minucioso de investigación de las variadas tácticas y estrategias de los conflictos laborales durante este periodo. Se detalla que, contrariamente a lo que suele decirse, la negativa de las corporaciones a negociar, las instituciones y funcionarios gubernamentales en los recursos económicos de los propietarios y el uso de la represión legal y militar obligaron a los trabajadores a intensificar sus tácticas de autodefensa.

Tras sus estudios universitarios, Perlman se unió al grupo de investigadores de John Rogers Commons (13 de octubre de 1862-11 de mayo de 1945), se formó con la metodología utilizada por Commons de deducir las teorías relativas del trabajo de acuerdo con la experiencia concreta de los asalariados. Lo que centra la atención es la lucha del trabajo contra las amenazas de la competencia esforzándose por el dominio de la actividad laboral. Estudió la formación y auge del movimiento obrero en Estados Unidos, incidiendo en la «mentalidad de los sindicatos» y su conexión con la «mentalidad de los intelectuales» y su relación con el sindicalismo. Analizó el capitalismo y sus transformaciones y también la capacidad de resistencia de los sindicatos en el desarrollo del sistema capitalista.

El pensamiento de Perlman se inserta en la corriente del institucionalismo. El institucionalismo como corriente de pensamiento encontró su manifiesto fundamental en el ensayo de Veblen intitulado «¿Por qué no es la economía una ciencia evolutiva?», publicada en 1898⁶. El pensamiento institucionalista de Veblen es, a su vez, deudor de las aportaciones de la escuela histórica alemana, el Historicismo en economía, que parte de Wilhelm Rosche y ante todo de Gustav Schmoller.

Entre la producción científica de Selig Perlman destaca una obra que puede considerarse clásica, *Teoría del movimiento obrero*⁷. En esta obra fundamental parte de las premisas históricas del movimiento obrero desde un punto de vista comparado, para después establecer una «Teoría» del movimiento obrero, que inevitablemente es igualmente «teoría del sindicalismo». De enorme utilidad es el recorrido histórico de cada cultura y experiencia nacional de los países más significativos hasta el primer tercio, incluido, del siglo veinte (la revolución rusa, la revolución alemana, el movimiento obrero británico, el trabajo y el capitalismo en los Estados Unidos de América). Perlman señala que su estudio supone una revisión del desarrollo histórico de los movimientos obreros nacionales encaminada a mostrar las bases que le han servido, en el transcurso de más de veinticinco años de estudios e investigaciones, para llegar a la elaboración de su «Teoría del Movimiento obrero». En el momento de realizar su investigación era singularmente relevante teniendo las contradicciones internas del capitalismo y el apogeo del sindicalismo (los conflictos de clases, huelgas generales, revolución rusa y su impacto, transformaciones del capitalismo y de las formas de trabajo, etcétera).

Según Perlman «el capitalismo es más bien una organización social presidida por una clase con un «deseo de poder» y una implícita habilidad para defender su poder contra la fuerza

⁶ Ensayo recogido en Anexo en la obra de VEBLEN, TH.: *Teoría de la empresa de negocios*, trad. Carlos Alberto Trípodi, revisión técnica, edición y estudio preliminar, «La teoría de la empresa de negocios en Thorstein Veblen» (pp.VII-XXXI), a cargo de J. L. Monereo Pérez, Granada, Comares (Colección Crítica del Derecho), 2009, pp. 237-253.

⁷ PERLMAN, S.: *Teoría del movimiento obrero*, trad. N. Salas, México D.F., Aguilar, 1958 (2.ª edición, 1962).

física –ya que esta fuerza aunque importante, puede, después de todo, desmoronarse en una crisis- sino a defenderlo, como han hecho en Alemania, convenciendo a las otras clases de que solamente a ellos, los capitalistas, saben cómo manejar el complejo aparato económico de la sociedad moderna del cual depende el bienestar material de todos»⁸. Con todo, está tomando en consideración la capacidad de hegemonía de la clase dominante y su poder para alcanzar el consenso y la legitimidad del orden y de la legislación.

Hace notar que en la mescolanza de cambios y sucesos contradictorios de la moderna historia del trabajo y del movimiento obrero destacan tres factores dominantes. 1.º) El mismo refiere a la capacidad demostrada por el grupo capitalista (Alemania, Austria y Hungría) para sobrevivir como clase dirigente (o su incapacidad como en el de Rusia) y resistir a los ataques revolucionarios cuando ha desaparecido la «mano protectora» del Gobierno. 2.º) El papel del «pseudointelectual», la *intelligentsia*, en el movimiento obrero y en la sociedad en general. Según piensa, del intelectual emanaron las influencias anticapitalistas en la sociedad moderna, y él fue el que imprimió en el movimiento obrero los «dogmas característicos de su propia mentalidad»: la «nacionalización» o «socialización» de la industria, y la acción política (bien sea «constitucional» o «inconstitucional») en favor de un nuevo orden social distinto al capitalismo. Igualmente, ha adoctrinado solícitamente a la clase media con el mismo propósito, ayudando así a socavar un importante apoyo del capitalismo y, hasta cierto punto, el espíritu de resistencia de los mismos capitalistas. Y, por último, 3.º) está el factor más vital de todos en la situación de los trabajadores, consistente en el movimiento sindical. El sindicalismo, que es esencialmente pragmático, lucha constantemente no sólo contra los empleadores en favor de una mayor oportunidad traducida en ingresos, seguridades y libertades en el mercado y en la industria, sino que lucha también, ya sea consciente o inconscientemente, de una manera activa o meramente pasiva, contra el intelectual que idea sus programas y dirige su política (*sic.*). En esta lucha por el trabajo «orgánico» (los sindicalistas y los intelectuales utilizan del mismo modo el término «labor» que tiene una aceptación abstracta) contra la dominación por los intelectuales, se percibe el antagonismo entre una ideología que mantiene a los trabajadores en el centro de su visión, y otra rival que considera el trabajo simplemente como una masa abstracta dominada por una fuerza igualmente abstracta. Entiende que la ideología peculiar y genuina del «obrerismo» sólo puede revelarse a través de un estudio de las «normas aplicables» de las «constituciones» propias del «obrerismo». Los sindicatos son las instituciones del mundo contemporáneo, pero también se puede aprender mucho de las instituciones obreras del pasado, especialmente de los gremios medievales. Los sindicatos buscan la comunidad de oportunidades (el «comunismo de las oportunidades», no en el sentido marxista). Existía ya en los gremios medievales y existe en el mundo moderno en los sindicatos que imponen un «control de empleos» por medio de las «reglamentaciones de trabajo» sindicales⁹.

En el caso peculiar del movimiento obrero norteamericano, mediatizado por el «sindicalismo», solamente se convirtió en Estados Unidos en un movimiento estabilizado cuando la sensación de abundancia de los «pioneers» fue reemplazada en el espíritu de los trabajadores por una sensación escasez: la sensación de la escasez de empleos. Entonces fue cuando el trabajador asalariado americano comenzó a sentir el deseo de enfrentarse con un futuro en el cual el sindicato procediera a controlar indefinidamente las relaciones de su tarea laboral esforzándose por

⁸ PERLMAN, S.: *Teoría del movimiento obrero*, trad. N. Salas, México D.F., Aguilar, 1958 (2.ª edición, 1962), p.18.

⁹ PERLMAN, S.: *Teoría del movimiento obrero*, trad. N. Salas, México D.F., Aguilar, 1958 (2.ª edición, 1962), pp. 17-21.

conseguirlo, en lugar de dejarlo como ocurriera durante el período antimonopolio del movimiento obrero, una escapatoria a la autocolocación libre y sin regular que trató de conquistar para él la igualdad de competencia con el «monopolio». En Estados Unidos el esfuerzo histórico desempeñado por el obrero en pro de una expresión íntegra de su mentalidad en el seno de su propio movimiento estaba dirigido contra la ideología del «antimonopolio». Pero en Europa, la antítesis de la mentalidad obrera ha sido la mentalidad del intelectual. Para él los intelectuales –ideólogos- socialistas (revolucionarios o socialistas democráticos) «han reducido el trabajo a una mera abstracción, aunque cada uno lo haya hecho a su manera, pintando al trabajo como una masa abstracta dominada por una fuerza igualmente abstracta, que sin embargo existía solamente en su propia imaginación intelectual, pero no en la emotiva de los trabajadores manuales». Puede ser paradójica la existencia de cierta proximidad analítica entre Perlman y George Sorel¹⁰.

Selig Perlman había estudiado en profundidad la historia del sindicalismo en Estados Unidos¹¹ y unos años más tarde volvería a acometer la tarea analizar las relaciones industriales en el capitalismo estadounidense. Observa, como punto de partida, que la característica más distintiva del desarrollo del movimiento obrero en Estados Unidos de América no ha sido históricamente —al contrario que en Alemania— una emancipación lenta y continuada de la filosofía impartida originariamente por dirigentes intelectuales. Su nacimiento no fue presidido por intelectuales en el verdadero sentido de la palabra. En efecto, el rasgo principal de su desarrollo ha sido más bien una lucha constante para impedir que la organización se destruyera por la carencia de cohesión interna¹². Para él las características básicas de la comunidad norteamericana se resuelven en tres parámetros: la fuerza de la institución de la propiedad privada; la falta de conciencia de clase en el trabajador norteamericano; y, por último, la imperfección del instrumento político.

¹⁰ PERLMAN, S.: *Teoría del movimiento obrero*, trad. N. Salas, México D.F., Aguilar, 1958 (2.ª edición, 1962), p. 24. Para la peculiar concepción del sindicalismo de George Sorel, puede consultarse, MONEREO PÉREZ, J. L. (2022). «El sindicalismo y sus instrumentos de acción colectiva en la concepción de Georges Sorel. Un estudio crítico». *Lex Social: Revista De Derechos Sociales*, 12(2), 1–65. <https://doi.org/10.46661/lexsocial.7369>. ara Georges Sorel, el porvenir del socialismo (autogestionario y antiestatalista) reside en el desarrollo *autónomo* de los trabajadores y los sindicatos obreros. El proletariado debe adquirir plena conciencia de clase y articular una estrategia que le permita derribar todo el entramado del sistema del capitalismo. En la ideología sindicalista de Sorel, el objetivo final consistía ante todo en la autogestión por los trabajadores a través de las instituciones sindicales vertebradas en el tejido productivo. En ese objetivo de autogestión de los trabajadores el sindicato está llamado a ejercer una labor de cristalización de experiencias y una labor pedagógica. De ahí se gestará el nuevo modelo de organización social y la nueva moral de los productores como alternativa al sistema del capitalismo. Mientras el marxismo ortodoxo afirmaba los límites de la conciencia sindical haciendo del partido la institución y el instrumento determinante de la lucha de los trabajadores por una nueva sociedad, Sorel, la encuentra en el sindicalismo revolucionario y autogestionario, capaz de construir un orden que desplazaría al Estado centralizado, al sistema de partidos y a la democracia parlamentaria. El poder del trabajo se expresa en la lucha. Según Sorel el hombre es ante todo *homo-faber*, siendo la razón hija de la técnica. El hombre está vinculado a su condición de productor. En el desarrollo del proceso de producción reside el conocimiento de los fenómenos y los valores de referencia, no en el intelectualismo externo a la misma. Comprender es producir, de manera que el que no produce es un parásito. De ahí que el porvenir socialista reside en la constitución autónoma de una «*sociedad de productores*», es decir, la verificación hasta sus últimas consecuencias de una clase que adquiere conciencia de clase «para sí», forjada en una nueva moralidad y en el derrocamiento del Estado capitalista. Son las instituciones autónomas de los trabajadores como «clase para sí» el auténtico agente de la revolución, no los partidos políticos de vanguardia «profesionalizados».

¹¹ PERLMAN, S.: *History of Trade Unionism in the United States*, New York, The MacMillan Co., 1922.

¹² PERLMAN, S.: *Teoría del movimiento obrero*, trad. N. Salas, México D.F., Aguilar, 1958 (2.ª edición, 1962), pp. 180-181.

1.º La fuerza de la institución de la propiedad privada. Entiende que «por su misma naturaleza, un movimiento obrero debe ser una campaña organizada contra los derechos de la propiedad privada, incluso donde no se atreva a abrazar un programa radical para la eliminación (gradual o no, «constitucional» o violenta) de los empresarios particulares»¹³. Ahora bien, si la experiencia de todo un siglo del Trabajo americano, como movimiento organizado, representa una importante lección de conjunto, esta lección es que el Trabajo no puede aquí, en ninguna circunstancia, despertar los temores de la gran clase media en cuanto a la seguridad de la propiedad privada como institución básica y fundamental. El Trabajo necesita el apoyo de la opinión pública, principalmente el de la clase media, tanto la rural como la urbana, para hacer avanzar su programa de limitar, mediante la legislación y el sindicalismo, los abusos que trae consigo el ejercicio ilimitado, por parte de los patronos, de sus derechos de propiedad; sin embargo, la más leve sospecha de que el Trabajo pueda abrigar el propósito de abolir la propiedad privada, en vez de limitarse simplemente a restringirla, arroja inmediatamente la opinión pública a una alianza con los patronos antisindicalistas. Antes de que la Revolución Rusa hubiera intensificado este temor a la revolución, los movimientos reformistas encontraron un argumento decisivo cuando señalaron a la opinión pública que, a menos de llevarse a cabo estas y otras reformas en las condiciones industriales, podría sobrevenir una revolución.

No obstante, no siendo ya la revolución una simple y lejana abstracción, sino una cuestión muy viva en Europa y Asia, semejante amenaza resultaba un boomerang y acarrea la reacción. Tal es la razón especialísima de que las organizaciones obreras americanas se desarrollasen en un ambiente potencialmente hostil. El pueblo americano ha tolerado siempre al Movimiento obrero, e incluso en ocasiones le ha ayudado —como a los mineros en su huelga de 1902 contra el consorcio del carbón de antracita—, pero un paso en falso puede transformar fácilmente la simpatía en hostilidad. Las reiteradas «denuncias de comunismo» hechas por Gompers en los años de perturbación que siguieron inmediatamente a la Revolución Rusa, continuadas por su sucesor parece que fueron instigadas, al menos en parte¹⁴, por la atinada comprensión de la facilidad con que el medio ambiente del Movimiento obrero americano podía convertirse de favorable en hostil. Y también por la justa apreciación de que, en la Comunidad americana, los trabajadores están en minoría y haciendo frente a una nación de propietarios —actuales o en potencia—; precisamente en este hecho se basa la desconfianza que los trabajadores americanos abrigan en el fondo hacia la autoridad del Gobierno, todo lo cual resulta tan enigmático para los europeos. La experiencia había enseñado a los dirigentes obreros norteamericanos el hecho de que, cualquiera que pudiera haber sido el propósito declarado cuando se ampliaron los poderes al Gobierno, y cualesquiera que pudieran haber sido las seguridades dadas de manera expresa al trabajo de que tales poderes no serían nunca usados contra él, todo es vano cuando estalla una crisis como, por ejemplo, una huelga que amenaza una industria vital, y los poderes en cuestión, tal vez ligeramente ampliados, pueden ser aplicados sin consideraciones para dominar la situación conflictiva¹⁵.

¹³ PERLMAN, S.: *Teoría del movimiento obrero*, trad. N. Salas, México D.F., Aguilar, 1958 (2.ª edición, 1962), pp. 182-183.

¹⁴ Naturalmente, la «política de los comunistas», y antes de ellos la de los socialistas, de intentar la captura de la Federación Americana del Trabajo mediante la táctica de «socavar desde dentro» fue el constante factor que dio lugar a esta hostilidad.

¹⁵ PERLMAN, S.: *Teoría del movimiento obrero*, trad. N. Salas, México D.F., Aguilar, 1958 (2.ª edición, 1962), pp. 187-189.

2.º La falta de conciencia de clase en el trabajador norteamericano -como regla general- es otro rasgo del modelo norteamericano. El problema más arduo del Movimiento obrero americano ha sido siempre el de mantenerse firmemente organizado. Ningún otro Movimiento obrero ha tenido nunca que luchar con esa fragilidad tan característica de las organizaciones obreras americanas. Esta fragilidad se debe principalmente a la falta de cohesión en la clase trabajadora americana. Que los sindicatos americanos apreciaron la enorme gravedad de este problema, queda demostrado por algunos procedimientos que extremaron mucho más que los sindicatos de otros países. Parece como si con estos procedimientos hubieran tratado de superar la falta de solidaridad espontánea de clase, con la que siempre pudieron contar con certeza los sindicatos europeos. Estos procedimientos fueron la supresión despiadada de los sindicatos «dobles» y de las huelgas «ilegales»¹⁶. Considera Perlman que existe una falta de cohesión psicológica en el trabajo americano cuya causa es la ausencia, en todos los sentidos, de una clase asalariada completamente «arraigada».

Es posible, piensa Perlman, que otra causa de la falta de espíritu de clase del trabajador americano fuese el reconocimiento de la libertad de voto, que llegó a los trabajadores en fecha muy temprana como un subproducto del movimiento democrático de Jefferson¹⁷. En otros países donde el Movimiento obrero se inició mientras que a los trabajadores se les negaba aún la libertad, no había necesidad de recurrir a la teoría de la plusvalía para convencerles de que constituían una clase aparte y, por tanto, para despertar en ellos la conciencia de clase social. Parecía como si hubiera trazada una línea, como de hilo rojo, que separara la clase obrera de todas las demás; pero no es así cuando dicha línea es sólo de tipo económico. Ahora bien, semejante divisoria queda difuminada por el constante proceso de ósmosis entre una clase económica y la otra, como consecuencia de las fluctuaciones de la fuerza relativa del regateo entre patronos y trabajadores, con variaciones en los ciclos comerciales, y de otras condiciones variables.

Siguiendo muy de cerca la abundancia de oportunidades económicas utilizables por los asalariados y sus hijos en este país, el factor que más influencia ha tenido en la falta de cohesión del Trabajo americano ha sido la inmigración. Para los trabajadores empleados en una industria determinada, una nueva ola de inmigrantes, casi siempre de una nueva nacionalidad, significaba una amenaza de competencia contra la cual habrían de luchar para mantenerla alejada de su industria. Porque el trabajador consciente de su tarea sentía mayor animosidad contra los inmigrantes que venían a arrebatarle su trabajo, que contra los patronos que habían iniciado o estimulado la nueva ola de inmigrantes. Cuando los inmigrantes de una nacionalidad determinada alcanzaban un nivel más alto y comenzaban a reconstruir los sindicatos que habían destruido al llegar, venía otra inmigración de nueva nacionalidad que hacía con la anterior lo mismo que ésta con la primitiva. La restricción de la inmigración por el sistema de contingentes ha conseguido acabar con este fenómeno, que se producía una y otra vez con regularidad inevitable.

La clase trabajadora norteamericana es la más heterogénea de todas, tanto desde el punto de vista étnico y lingüístico como del religioso y cultural. Con una clase obrera de estas características, hacer del socialismo o del comunismo el «ismo» social del Movimiento, significaría —incluso si las restantes circunstancias lo permitieran— alejar deliberadamente de la Federación Americana del Trabajo a los católicos —que tal vez estén en mayoría dentro de la misma—,

¹⁶ PERLMAN, S.: *Teoría del movimiento obrero*, trad. N. Salas, México D.F., Aguilar, 1958 (2.ª edición, 1962), pp. 189-190.

¹⁷ Thomas Jefferson (1743-1826), tercer Presidente de los Estados Unidos fue el principal artífice de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, impulsó los ideales del republicanismo democrático.

toda vez que su oposición irreconciliable al socialismo es una cuestión de principio religioso dogmático. Por consiguiente, la única «conciencia» de clase aceptable para los obreros norteamericanos es la «conciencia de trabajo», con unos objetivos «limitados» en cuanto a «control de salarios y empleos»; lo que no obsta en absoluto para que el sindicalismo americano sea el más «contundente» de todos cuantos existen. Los sindicatos privados, sin embargo, pueden adoptar por su cuenta cualquier «conciencia» que deseen¹⁸.

3.º La imperfección del instrumento político-jurídico. La constitución política de América lleva a cabo el auténtico principio «pluralista», que de poco tiempo a esta parte se ha puesto de moda entre los políticos científicos más jóvenes. El Estado americano no ha sido nunca el Estado «ultracompetente» que estos científicos execran, porque su Constitución escrita y una Judicatura siempre vigilante le han obligado a considerar como inviolable la autonomía del comercio y la industria, que, aunque teóricamente se desenvuelven en una esfera de libertad, en la práctica están bajo control de «gobierno industrial». El estado «ultracompetente» ha sido además impedido por el sistema federal, que ha repartido la soberanía política en cuarenta y nueve piezas independientes, creando una eterna rivalidad entre la mayor, el Congreso, y las otras cuarenta y ocho.

A esta situación, más que a ninguna otra cosa, ha de achacarse el tenaz «economismo» de la Federación Americana del Trabajo. Porque la acción económica directa —huelgas y boicots— resultó siempre más eficaz para ellos que la que pudiera derivarse de reformas legales y administrativas. Ahora bien, la falta de confianza en el Estado no está originada solamente por la debilidad intrínseca de éste como instrumento de reformas de tipo económico. Las perspectivas de éxito están disminuidas también por el nuevo procedimiento de aumentar el control sobre aquel instrumento, o sea, el sistema norteamericano de los partidos políticos, tan diferente en esencia del europeo¹⁹. En cualquier caso, el movimiento obrero organizado norteamericano ha sido un firme defensor de su autonomía colectiva/sindical, haciendo frente a las amenazas contra el derecho de huelga y la negociación colectiva, especialmente luchando contra los arbitrajes de sometimiento obligatorio que de continuo se han tratado de implantar.

Selig Perlman destaca la distinta posición de influencia en el movimiento obrero norteamericano que tienen respecto de los países europeos y la Rusia soviética de la época. El movimiento obrero de Estados Unidos no se muestra especialmente partidario de la intervención en el espacio político institucional y no es proclive a la creación de partidos políticos de los trabajadores, cuya creación sí ha sido impulsada por sectores relevantes de los intelectuales norteamericanos. Lo más que los intelectuales²⁰ llegaron a hacer aquí fue la conquista, por Robert Dale Owen y Francés Wright, del Partido Obrero de Nueva York, para su proyecto de instrucción pública «patrocinado por el Estado». Este movimiento obrero de 1829, adelantado del movimiento de la educación gratuita a cargo del Estado, veía en aquella medida un procedimiento para restaurar la primitiva

¹⁸ PERLMAN, S.: *Teoría del movimiento obrero*, trad. N. Salas, México D.F., Aguilar, 1958 (2.ª edición, 1962), pp. 191-197.

¹⁹ PERLMAN, S.: *Teoría del movimiento obrero*, trad. N. Salas, México D.F., Aguilar, 1958 (2.ª edición, 1962), pp. 197-198.

²⁰ En los primeros momentos del Movimiento obrero americano, algunos de los «intelectuales» más destacados eran impresores autodidactas que llegaron a convertirse en editores y escritores; tales, por ejemplo: George Evans, Horace Greeley, Henry George y John Sarvinton. En la comunidad norteamericana, especialmente en la época de estos hombres, un oficial impresor dotado de cierto talento podía muy bien ser considerado como un «intelectual» profesional.

«democracia» norteamericana, que, según ellos creían, había sido pervertida por una aristocracia usurpadora. Se sucedieron distintas experiencias de intelectuales de orientación socialistas.

Realmente el cambio más significativo comienza con Henry George –un «socialista agrario», que tendría una gran influencia dentro y fuera de Estados Unidos²¹– fue uno de los intelectuales cuya influencia en el Movimiento obrero, aunque de corta duración, puede ser descrita en términos europeos. Cuando se presentó para alcalde de Nueva York, en el año de 1886, como candidato del Sindicato Obrero Central, en una campaña atentamente observada por todo el país, puede decirse que tuvo al Movimiento obrero de Nueva York en la palma de la mano. Pero, según piensa Perlman, nunca llegó a comprender realmente el sindicalismo, que, a su modo de ver, era «estrecho» y un simple paliativo. Antes de que transcurriera mucho tiempo, el Movimiento político de Nueva York se deshizo en disensiones entre los partidarios del impuesto único y los socialistas, muy influyentes entonces; de manera que George y los Sindicatos se separaron para siempre.

No obstante, la misma década vio el comienzo de un contacto continuo entre los intelectuales y el Movimiento obrero, cuando el profesor Richard T. Ely, de la Universidad Johns Hopkins, se dedicó con sus alumnos a estudiar el movimiento obrero. En aquellos tiempos también, un intelectual como era el infatigable Henry D. Lloyd empezó a poner el movimiento obrero al alcance del público culto mediante un estilo de «publicidad» sencillamente magistral. A principios de siglo encontramos ya que un considerable número de intelectuales se interesa por los problemas obreros. Empezaban a ser «producidos» en cantidades masivas por los cursos especiales en las universidades, las «escuelas sociales» de las empresas y otras instituciones de servicio social. Años más tarde muchos de los intelectuales: sacerdotes socialmente comprometidos, escritores, etcétera, encontraron su ideal en el Partido Socialista, claramente en su apogeo por entonces a finales del siglo diecinueve. Igualmente, un número creciente de intelectuales judíos americanizados, relacionados con los sindicatos judíos, fue entrando en la lid americana procedente del East Side neoyorquino. La espectacular huelga de los obreros textiles de Lawrence (Massachusetts) en 1911, dirigida por los obreros industriales del Mundo, atrajo la atención de muchos jóvenes intelectuales hacia el Movimiento obrero revolucionario. Con la entrada de Estados Unidos en la Gran Guerra Europea (1914-1919)²², las organizaciones obreras comenzaron a experimentar

²¹ Véase MONEREO PÉREZ, J.L.: «Pobreza, trabajo y exclusión social en la larga duración: una reflexión crítica a partir de Henry George», en *Revista de relaciones laborales, economía y sociología del trabajo, y trabajo autónomo*, núm. 83-Vol. II, pp. 11-109.

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2750095>. En España la influencia de Henry George en el ideario socialista y en el movimiento obrero en la agricultura fue ciertamente muy relevante. Selig Perlman parece desconocer esa influencia y la entidad del pensamiento de Henry George, el cual llegó a anticipar muchas de las cuestiones sociales que se plantearían en el mundo de su época y en el actual como la problemática del impuesto progresivo, la renta agraria o, incluso, la renta básica. Cfr. MONEREO PÉREZ, J.L.: «El Derecho Social al Ingreso Mínimo Vital», en *Revista Temas Laborales*, núm.158/2021, pp. 45- 117. Disponible en Dialnet.; *Ibid. La renta mínima garantizada. De la renta mínima a la renta básica*, Albacete, Bomarzo. 2018; *Ibid.* «La garantía del derecho a la existencia y los fundamentos jurídicos de la renta mínima en la Carta Social Europea», en SALCEDO BELTRÁN, C. (DIR.) et altri: *La Carta Social Europea: Pilar de Recuperación y Sostenibilidad del Modelo Social Europeo. Homenaje al Profesor José Vida Soria*, Valencia, Editorial Tirant Lo Blanch, 2020.

De propio GEORGE, H.: *Progreso y Miseria*, edición y estudio preliminar, «Economía política de la desigualdad: progreso y miseria en Henry George», a cargo de J.L. Monereo Pérez, Granada, Comares (Colección Crítica del Derecho), 2008.

²² STEVENSON, D.: *1914-1918. Historia de la Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2013, especialmente, pp. 49 y ss., y 165 y ss., 651 y ss. (sobre el legado y sus consecuencias persistentes, entre ellas marcando un cambio de época); CLARK, CH.: *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015, pp. 33 y ss., 155 y ss., 423 y ss.

la necesidad de servir de los intelectuales, que fueran técnicos en economía y estadística, como representantes ante los numerosos organismos oficiales que gozaban de atribuciones sobre las condiciones de trabajo. Después del Tratado de Versalles, que puso fin a la primera guerra mundial, el movimiento obrero continuó utilizando los servicios de los intelectuales como expertos. El tipo de intelectual²³ marxista auténtico se encuentra en el Partido Obrero (Comunista), y anteriormente estuvo bien representado por Daniel De León, del Partido Socialista Obrero. Los principales dirigentes del Partido Socialista, como los mencheviques rusos, eran revolucionarios solamente de nombre, incluso sin saberlo ellos mismos. El tipo ético-humanitario abunda en las organizaciones religiosas protestantes, que encuadran y popularizan los programas de «reconstrucción social», haciendo el servicio de guardianes del progreso social en medio de una reacción de amplitud nacional. El mismo tipo se encuentra también en la Liga de Sindicatos Femeninos y, con mayor capacidad, en el Trabajo Social. El tipo más «a la última moda» es el del intelectual de la «eficiencia social», que estudia el «despilfarro» y la «ruina del sistema de la competencia», defiende la «nacionalización de la industria» y que se aproxima a la «sociedad funcional»²⁴.

Paulatinamente el movimiento obrero transitaría desde el «antimonopolio» estratégico a un espíritu sindical estable y consciente de su tarea: un programa que expresara fielmente el punto de vista de los trabajadores. Como hace notar Perlman históricamente, la lucha por un programa que expresara debidamente el punto de vista obrero no radicaba en combatir la supremacía de los intelectuales, sino contra la fuerza de la filosofía del «anti-monopolismo». Esta filosofía, la filosofía por esencia de las «clases productoras» (granjeros, artesanos, y pequeños comerciantes), dominó durante mucho tiempo al Movimiento obrero, manteniendo la mentalidad obrera ligada a una filosofía ajena. La relación causal entre la fuerza de esta filosofía individualista y la abundancia de oportunidades económicas ofrecidas al norteamericano diligente puede ser analizada como una aplicación especial de la teoría de la «oportunidad» a la psicología de los grupos económicos. Interesa, sin embargo, tomar en consideración algunas de las teorías «antimonopolistas» corrientes en el movimiento obrero desde sus comienzos hasta su estabilización en sindicatos, y mostrando cómo llegó a realizarse ésta en Estados Unidos.

Desde el punto de vista histórico y atendiendo a sus relevancia debe partirse de las llamadas filosofías monopolistas de la tierra. Dos programas «agrarios», el de la «pequeña propiedad libre», de George Henry Evans, y el del «impuesto único», de Henry George, agitaron el Movimiento obrero en dos ocasiones, con un intervalo de cuarenta años. Ambos programas señalaban un diagnóstico común acerca del mal que aquejaba al organismo económico de América, y en general sustentaban la misma teoría terapéutica, si bien diferían en cuanto al método de aplicar la medicina. Ambos veían en el monopolio de la tierra la causa de la desaparición de oportunidades libres y abundantes para el productor; por consiguiente, proponían restablecerlas mediante un cambio en la política pública hacia el campo, de manera que el individualismo económico de los productores quedara de nuevo asegurado. Ahora bien, para Evans esta sociedad individualista ideal debía ser lograda tan pronto como el Gobierno abriera el tesoro de oportunidades contenido en sus vastos territorios, cediendo parcelas inalienables de ciento sesenta acres a todos los colonos *bona fide*. Por otra parte, Henry George sabía que el Gobierno se vería obligado a injerirse en terrenos que ya eran poseídos como propiedad privada. La crisis económica que se abatió sobre California en la década de 1871-1880, llenando a San Francisco con millares de parados —una

²³ Véase la clasificación de los intelectuales que se hace en el capítulo VIII.

²⁴ PERLMAN, S.: *Teoría del movimiento obrero*, trad. N. Salas, México D.F., Aguilar, 1958 (2.ª edición, 1962), pp. 204-211.



COMARES
editorial

